



Metáforas al aire,
núm. 4, enero-junio, 2020.
pp. 154-157
ISSN: 2594-2700

Enchiladas

Manolo Alejandro Vargas Azuara*

Ayer, mientras esperábamos nuestras enchiladas, puse mi cabeza en el hombro de mi mamá. Estábamos parados, como seres de llanas costumbres, frente al puesto de antojitos mexicanos. Dicho puesto, estaba pintado con blancos brochazos desparpajados, sin mucho entusiasmo, hechizo de manos genéricas, dejando entrever en sus entrañas de óxido el negocio informal.

Esos puestos de antojitos que te dejan después de hacer comunión con ellos, oliendo la ropa a grasa, a instinto animal, a humores cárnicos y a sueños de cochambre. En donde se mezclan por igual los sonidos del aceite chirriando con los chiles, las papas y el olor del sudor de quienes impacientes esperan comprar dicho platillo. Un campo semántico de carbohidratos refulgiendo en espesos lagos de grasa, una oda a los cuerpos desesperados, a los oleosos delirios de la proxemia.

Me puse detrás de mi madre, mi cabeza se escurrió, como manteca de cerdo, sobre sus cálidos hombros. Desde ahí percibí el dulzón olor de sus suaves pechos y su cuello: ese olor del perfume ya evaporado por el trasiego del quehacer doméstico, el aroma de la tela con el suavizante que usa y el impregnante y ubicuo aroma a grasa de las enchiladas. La sujeté por detrás sin despegar mi barbilla de sus hombros. Acomodé mi cara con el gesto de un niño regañado, entre sus cabellos teñidos.

Pasando un tiempo me dijo suavemente “—¿Qué tienes huerco?—”, y le dije que nada. Respiré profundamente y escuché el traqueteo del aire subiendo a mis pulmones, ensanchando mi esternón; ese curioso sonido que hacen cuando los tomo desprevenidos y respiro profundamente. A veces pienso que tengo un problema congénito. Me asusta.

Seguí atrapado entre sus hombros, como niño que se hi-
rió una rodilla, buscando consuelo en su madeja de regaños

* **Estudiante de Maestría en Humanidades, Universidad de Monterrey.**

y consejos, esa cremosa y compleja mezcla homogénea, como mayonesa, que es el amor materno.

El tiempo chapoteaba en el disco inundado de aceite. Mi cara se desencajó de mi madre, como débil nube deshilachada por las cúspides de sus cerros.

Instantes después me sentí aturdido. Quizá por la acre sensación de hundirme en el samsara del aceite y sus humores, en la mortandad de la carne que aterriza entre las dos tortillas. Me salpiqué de la plasticidad del queso que baña a las tortillas rojas y tiernas, en la simpleza de la lechuga dejada en un balde. Las enchiladas: ese insulso y eritreo avatar del vetusto maíz, resabio indigno de la domesticación de la tierra, sepultura de la cultura nómada. ¡Pinches enchiladas!

Me perdí en el pesado mundo de las enchiladas. Sólo pude abrirme paso entre su espesura onírica cuando oí el rumor de las personas al avanzar, diría arrastrarse, como sujetos (claudicados por la modernidad), alienados del sistema del chile... la grasa y el maíz.

De pronto, sentí como me inundó un calor antiguo, de fuegos crepitando en las hogueras de metal, ese anciano calor que carcome el pecho cuando uno se excita o se le sonrojan las penas. Mis piernas eran lamidas por la humedad de mi existencia, las manos, endebles cuencos de leche agria pudriéndose en el calor que bramaba en la cercanía. Ese viejo calor emanaba de aquel hombre hermoso, aquella anatomía cualquiera que preparaba con viril vigor aquellas tortillas embebidas en chile rojo. Nos acercábamos cada vez más, tres o cuatro frente a nosotros, en fila, como animales al matadero, con aquel masoquismo atemperado por el fragor de la espera. Aquella espera mediatunda que me mordisqueaba el ansia y me acariciaba la angustia.

No quise precipitarme y preferí guardar compostura. Preferí no dejarme intimidar por la impaciencia y decidí mantener el temple. Las rodajas de papas y zanahorias ya se precipitaban sobre el pantano apestoso y turbio del aceite hirviendo. Mi cabeza sudaba caos, mis manos, de por sí rosas, exudaban, lloraban, mojadas y rozaron por error la mano de otra persona que hacía fila, me percaté que también las tenía húmedas.

De pronto supe que no era el único. Todas las personas en la fila, que en ese momento vi con el rabillo del ojo, eran unas veinte, estaban en ese bacanal de éxtasis, pero se contenían igual que yo. Aunque estoy seguro de que ellas

Mis piernas eran lamidas por la humedad de mi existencia.

también deseaban penetrar con sus lenguas las suaves pieles de los tacos, morder y lamer con barbaridad la fofa corteza del queso, revolcarse en la frescura de la lechuga. Es más, puedo asegurar que deseaban tanto como yo besar a aquel hombre gordo, moreno y sin chiste que portaba una gorra de marca genérica y le escurría el sudor por la cara. Besarle es poco, lamerle su morena piel salada y quemada por el aceite y el sol, chuparle las frondosas axilas, los erectos pezones, la barriga, hasta las rodillas.

Rendirle un culto, hacerle un templo, danzar como odalisca alrededor de él, dándole comida y bebida sin dejar de acariciarlo, beber sus lágrimas y besarlo con la lengua bien adentro de su boca. Oler su piel tostada, lamer sus ojos, sus tupidas y negras pestañas. Oler su cuello bañado en sudor y con olor a aceite rancio. Pellizcar sus orejas y mordisquear sus pómulos. Todo el olor a leche con sangre, pero eso sí, siempre haciendo desdén al falo, hacer contacto con él significaría la entronización de su androcentrismo. Preferible esculcar sus yermos recónditos no recorridos por los vaivenes de la heteronormatividad.

La gente estaba impaciente, pero se contenía. ¿Por qué no hacíamos una orgía en plena calle frente a todas las personas? Quizá se nos unan.

Aquella mujer, quien acomodaba las enchiladas y cobraba, se mantenía férrea sobre su esférico cuerpo, su vientre abultado sostenía su hermosura de mujer obesa, consumiendo delicadamente una soda fría y purificando su cuerpo con el azúcar más exquisito del planeta. Soportando su anatomía como estoica pilastra griega, sus varices la delataban. También a ella le daban ganas de besarla pero más despacio, como a una figura de cera.

Ella penetraría a los hombres con la erección de un chile maduro. Tomaría sus pechos y decidiría a quien otorgárselos, rebotarían en la acera desperdigando en su cuerpo el orgasmo de la carne... de las papas y las enchiladas. Yo particularmente engulliría su saliva con la que cierra con esmero las bolsas de los chiles en vinagre. Yo mismo depositaría sin tapujos mi esperma en la piel de los machos, como triunfo del quehacer doméstico sobre el trabajo remunerado. Ella sostendría nuestras cabezas hincadas y, de pie, escupiría empoderadamente la cosmovisión de las vulvas.

Invitaría a todas las mujeres de la fila a cobijar la vulva de la mujer con la calidez que solo otras vulvas tienen.

Solo así ella llegaría al clímax: atorada entre los mojados y confortables pliegues que ofrecen las vaginas.

Haríamos comunidad, derribaríamos la estatua que ostenta la individualidad y la cordura, soportaríamos a ambos con el clamor del regocijo del maíz atorado en la garganta, con la savia del vinagre en nuestros labios, la lujuria de los chiles duros y tatemados, con la sedosa recompensa de devorar no solo las enchiladas, sino a sus creadores: seres bienhechores curtidos en las revoluciones de la carne.

Todas las personas se contenían, sin embargo, puedo asegurar que también lo deseaban.

Al verme distraído, mi mamá me dijo otra vez “—¿qué tienes huerco?—”. Puse de nuevo mi cabeza sobre su hombro. Esta vez ella me acarició el cabello con su mano. —Mamá —le dije —, te quiero decir algo.

Ella, carcomida por las bestias del hambre, me miró con curiosidad.

—Prefiero flautas —resoné sin mucho entusiasmo. Ahí, a dos clientes de llegar al templo, nos retiramos.